CAPITULO IV.

Va Vicente á Roma: vuelve de allí á París: estraño suceso que le pasó.

Hallábase en Aviñon de vice-legado en esta época el Sr. D. Pedro Francisco Montorio, romano, obispo de Nicastro. En lo que trató á Vicente en aquellos dias que se detuvo allí, conoció cuan grande era su virtud, su prudencia y madurez, y se aficionó tanto á él, que lo llevó consigo á Roma, alojándolo en su misma casa y dándole continuas pruebas de grande estimacion. No se olvidó Vicente en esta ciudad del estudio de las letras sagradas, pues empleaba en él muchas horas; pero mucho mas se ocupaba en el ejercicio de las virtudes, visitando con particular afecto aquellos santos lugares que por las sagradas memorias que conservan, provocan la devocion del cristiano. Sentia conmovido su corazon al considerar tantos objetos maravillosos como se hallan reunidos en aquella gran ciudad; y escribiendo á un sacerdote de su congregacion treinta años despues, le dice, que estando en Roma, sentia gran consuelo de hallarse en donde está la cabeza de la Iglesia militante y en donde reposan los cuerpos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de innumerables mártires que dieron su vida por la fe de Jesucristo; y que esta consideracion le enternecia hasta el punto de exhalar tiernos suspiros y derramar copiosas lágrimas.

Luego que satisfizo Vicente su religiosa piedad con las repetidas visitas que hizo á los santuarios de Roma, determinó volver á Francia, quizá huyendo del regalo que en aquella ciudad se le proporcionaba, en donde era en gran manera estimado de muchas personas principales que lo honraban con su amistad, que para su humilde carácter era mas bien tormento. Apresuró su viaje con motivo de la eleccion que de él hizo el cardenal Ossat para desempeñar una comision de mucha reserva y delicadeza cerca del rey Henrique IV que se hallaba en Paris, y luego que la desempeñó, comenzó á entregarse á las cosas del cielo para cumplir perfectamente con las obligaciones del estado eclesiástico.

Quiso nuestro Señor probar á Vicente en esta grande ciudad, sujetándolo á una profunda humillacion. Es el caso: que estando alojado en 1609 en el barrio de S. German, le sobrevino una grave indisposicion que le obligó á hacer cama. En el mismo cuarto donde vivia se aposentaba un caballero de la ciudad de Burdeos, que era juez de Sore: una mañana salió este de casa, y se olvidó al partir de cerrar un armario en que tenia guardados cuatrocientos escudos[1]: vino á la sazon un mancebo de la botica á traer una medicina, y abriendo el armario para buscar un vaso, se encontró el dinero del juez, y valiéndose de la ocasion, guiado por la torpe y ciega codicia, se lo guardó en la faltriquera.

Luego que el caballero volvió á la casa, fué á buscar su dinero, y no encontrándole, lo pidió á Vicente, como si él lo hubiese tomado; pero el buen enfermo respondió que ni lo habia tomado ni habia visto tomarlo á otro. El caballero dió voces, y se enojó mas que con sobrado esceso, permitiéndolo todo nuestro Señor para ejercitar la paciencia de su siervo. La cólera sacó tan fuera de sí al dicho caballero, que sin reparar en que Vicente estaba enfermo, ni examinar si habia entrado alguna otra persona que pudiese haber hecho el robo, le dijo palabras afrentosas, y por evitar Vicente la ofensa que de ellas resultaba á Dios, se vió obligado á poco tiempo á mudar de casa; pero no cesó con esto el padecimiento de Vicente ni el mal trato del juez, antes bien, creciendo mas cada dia, le llamaba públicamente ladron, y lo difamaba como lo hubiera hecho con el mas facineroso, hasta el punto de hacerle intimar una excomunion para que le restituyese el dinero. El negocio llegó hasta el caso de que hallándose Vicente despues de muchos dias en conversacion con el padre Berulle, que era entonces Superior general del Oratorio de Francia, y fué despues Cardenal de la santa iglesia, y con otras personas de calidad, entró el inconsiderado juez, y delante de todos dijo á Vicente, que era un ladron, y que le volviese el dinero que se habia robado. Maravilláronse los circunstantes de tan estrañas palabras; pero el fiel siervo de Jesucristo, con semblante sereno y humilde, y una paciencia imperturbable, le respondió: «Señor juez, Dios sabe la verdad.» Quedaron sumamente admirados de la respuesta de Vicente los que allí esta-

1 120 pesos.

ban, reconociendo en ella su inocencia y admirando su modestia, al paso que las palabras injuriosas del calumniador los escandalizaron de manera, que lo calificaron de hombre arrojado y sin cordura.

Dios cuida de volver la honra al inocente, pues si alguna vez permite su tribulacion y abatimiento, es solo para sacar mas gloria de él, como sucedió en el caso referido, pues el mancebo de la botica que habia robado el dinero del caballero de Burdeos, era natural de la misma ciudad, y habiendo, al cabo de algunos años, regresado á su patria, fué encarcelado por otros delitos en la misma ciudad. Conocia bien al juez, y sabia que entonces se hallaba allí: movido por los remordimientos de su conciencia, y creyendo que Dios lo castigaba por lo que hacia padecer á Vicente con calumnia tan atroz, envió á suplicar al juez fuese á la cárcel, porque tenia que hablarle. Fué en efecto el caballero, declaró que él habia sido el que le habia robado en Paris, y le prometió restituirle el dinero si lo aguardaba algun tiempo. Quedó aquel confuso y maravillado de semejante declaracion, remordiéndole su conciencia por haber calumniado con tanta atrocidad á tan venerable sacerdote; tomó la pluma y escribió á Vicente una carta confesando su culpa y pidiéndolo perdon de ella. Decíale que tendria la mayor satisfaccion, si queria, en ir en persona á Paris á arrojarse á sus pies, y con una soga al cuello pedirle en público perdon de haberlo infamado: que publicaria la inocencia del Santo y el yerro que habia cometido en haberle hecho padecer sin causa. Tan sincera manifestacion no quiso Vicente que se publicase, pues como verdadero discípulo de Cristo amaba el desprecio; y si se alegró de que se hubiese descubierto la verdad, fué solo porque arrepentido el caballero, pidiese á Dios perdon de su pecado.

Este hecho singular sugirió á Vicente materia para una conferencia espiritual, en que refirió el hecho como si hubiese pasado á otra persona, para animar á los suyos á la paciencia y á que no evitasen las ocasiones de la propia confusion, porque es mucho lo que aprovecha para edificar en el corazon la virtud de la humildad; y añadió que mientras mas calumniado se veia el sujeto de quien referia la historia, mas elevaba su corazon á Dios, diciéndole: «¿Qué, haré, ó Dios mio? Vos sabeis la verdad;"

y que con esta queja amorosa cobró tanta confianza en la proteccion divina, que se resolvió á no contestar nada á la acusacion.

Pero lo que particularmente debe notarse en este suceso es, que pudo Vicente haber hecho disminuir, cuando menos, la sospecha del caballero, haciéndola recaer sobre el mancebo de la botica; y quiso mas bien sufrir la humillacion de la calumnia, que suponer una falta en su prójimo. La mayor prueba que pueda darse de que reina la humildad en el corazon, consiste en avasallar de tal modo el entendimiento, que solo sepamos pensar mal de nosotros mismos.

CAPITULO V.

Varias ocupaciones de Vicente hasta que entra en la casa de Gondí.

Entre los singulares favores que nuestro Señor concedió á su siervo en el suceso referido en el capítulo anterior, fué uno de ellos darle á conocer claramente cuán peligrosa es á los eclesiásticos la compañía de los seglares, y que nunca goza de mas quietud su conciencia ni se halla mas segura que cuando están mas apartados de ellos. Con esto determinó buscar una casa donde vivir solo, retirado del trato del mundo y entregado enteramente á la consideracion de lo eterno. Parecióle muy á propósito para este objeto la casa de los padres del Oratorio de Paris, que era un seminario de virtud y santidad: entró en efecto, no para seguir aquel instituto al que Dios, como él mismo declaró, no le llamaba, sino para caminar por la senda de la perfeccion, imitando el ejemplo de tantos varones ilustres que habia en aquella casa, y para ponerse bajo la direccion del padre Berulle, hombre dotado de escelentes virtudes.

Disfrutó Vicente dos años la compañía de aquellos buenos sacerdotes, entre los cuales hizo tales progresos su virtud, que al cabo de ese tiempo lo consideraban como el mas perfecto de todos. Vió el padre Berulle en Vicente los profundos cimientos de una hermosa fábrica que Dios se proponia levantar para aumento de su gloria y utilidad de su Iglesia, y por constante tradicion se sabe que este padre predijo á Vicente, que con el tiem-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez